

mento está colgando de un hilo; la menor imprudencia puede romperlo.

—Se lo prometo, Doctor, interrumpió Julián gravemente.

—Bueno; nada de molestias á su hermana, cuidado con darle el menor disgusto ni causarle excitaciones; sobre todo, que no entre nadie á su cuarto, absolutamente nadie más que la criada.

—Oh, no tenga usted cuidado, se lo prometo, se lo ofrezco, sólo deseo que se salve.

—Bien; usted es su hermano, y ahora le toca hacer lo demás. mucha diplomacia, amigo, y sobre todo mucha prudencia. estos asuntos hay que manejarlos con guantes de seda.

Julián impaciente por tantos rodeos le interrumpió.

—Sí, ya lo sé Doctor, no disgustarla, cuidarla pero qué es por fin?

—Más calma, amigo, más calma. . . . ah, que don Clemente no se entere de nada, no veo la urgencia desde luego que está usted de por medio.

—Entendido, Doctor, acabemos.

—Bueno, dentro de tres días hablará usted con Diego. . . . es preciso, concluyó el Doctor resuelto á cumplir con su deber de amigo para con aquella familia que tanto estimaba.

—Con Diego, y para qué? preguntó admirado Julián.

—El Doctor le miró con extrañeza y repuso recalcando las palabras.

—Es que Diego es el *único* que puede curar á Matilde de su dolencia.

—Ah, cree usted que una reconciliación entre ellos haría buen efecto? justamente esta tarde hablé con ella de ese asunto y se negó rotundamente á que hiciera algo en ese sentido.

—Cómo que se negó? dijo perplejo el Doctor frunciendo el ceño; luego están chocados? han roto acaso?

—No, no creo que hayan roto sus relaciones pero algo existe entre ellos.

—Pues aunque así fuera; lo que es ahora tiene que venir el señor don Diego; usted sabrá traerle, vaya si vendrá y en último caso se le obliga á reparar el daño

—A reparar el daño . . . repitió Julián como quien no entiende lo que oye: qué daño?

El Doctor tragó, se pasó la mano por la calva y sin hacer caso de la pregunta repuso.

—No es cosa de la otra vida lo que ocurre, amigo mío; esos noviazgos largos cuando hay mucha pasión de por medio y trato continuo á veces suelen parar en esto; producen el incendio . . . eso es lo que ha pasado; no hay que culparlos, amigo, los acontecimientos que experimentamos, provocados por nosotros mismos, vienen á sorprendernos con una realidad que nos espanta . . . jóvenes, llenos de vida . . . enamorados

— Qué significa eso, Doctor? esas frases replicó Julián palideciendo horriblemente y lleván-

dose las manos á la cabeza: concluya, se lo suplico, lo exijo, ahora mismo va usted á decírmelo todo.

Había agarrado un brazo al Doctor, y le sacudía con toda su fuerza.

—Vamos, más calma, no alce la voz; recuerde que la vida de su hermana está en peligro, así cumple usted su palabra? si precisamente le he traído aquí para hablarle, pero si usted se porta así.... además, ante un hecho consumado no cabe otra cosa que aceptarlo, qué demonio! y procurar hacerlo menos doloroso..... no dudo ni por un momento que Diego cumpla como un caballero. El se casará con Matilde.

—De modo que mi hermana.....está deshonrada? esa enfermedad....

—Es uny el Doctor murmuró al oído de su amigo algunas palabras.

Julián sintió que el universo se le venía encima, se agarró la cabeza con ambas manos hincando en ella las uñas con una crispación de rabia feroz que alarmó al Doctor: con ojos extraviados y centelleantes se le quedó mirando un momento y exclamó con gran precipitación, atropellando las palabras que le salían roncadas y como verdaderos rugidos.

—Doctor Bermúdez, por Dios! no me vuelva loco! ahora mismo me va usted á probar la verdad de sus frases, ó á decirme que miente ó que se chancea.....! la honra de mi hermana está por encima de todos los errores en que á diario incurre esa cien-

cia inútil, estúpida, que jamás encuentra el motivo de una dolencia dígame usted que son las doce del día, que el sol es un disco de hielo, dígame que no hay en el mundo virtud, ni honor, que el engaño y la infamia es la religión de la sociedad, que todos los hombres son unos bandidos, y todas las mujeres, todas, son unas perdidas sin conciencia ni dignidad, dígame los despropósitos más grandes, pero no me diga ni en chanza que mi hermana está deshonrada porque no lo creeré oye usted? no lo creeré usted está chocheando! la prueba, la prueba! eso es lo que yo quiero!

Había asido al Doctor de los brazos y le sujetaba contra la pared con el ademán y la furia de un loco. Estaba imponente, el cabello descompuesto, los ojos saltados, las narices dilatadas.

El Doctor tuvo miedo; alzó como pudo una mano y con ademán paternal la posó sobre la cabeza de Julián, y con voz llena de resignación que trató de hacer lo más dulce posible, le dijo:

—Pobre Julián, comprendo la justicia de su dolor y la magnitud de su indignación pero lamentó amigo que en un trance como éste, en vez de desesperarse como lo hace, no medite con un poco de filosofía nada más fácil que convencer á usted de la triste verdad que se impone; venga conmigo.

Le siguió como un autómatas y entraron en el cuarto de la enferma. El Doctor tomó de sobre



una silla un lío hecho de una sábana, y acercándose á la luz mostró algo á Julián.

.....

Era cerca de las cuatro de la mañana cuando el Doctor viendo á su amigo sumido en esa horrible tranquilidad del anonadamiento, se preparaba á marchar.

—No olvide usted lo que me ha prometido, le dijo;— tres ó cuatro días de espera; tratar el asunto con la mayor diplomaciahágase el cargo de que es un padre que va á salvar á su hija del escándalo, y á asegurarle el porvenir; esta sola consideración vale la pena de que haga usted el sacrificio de violentarse poniendo freno á su natural enojo.

El día encontró á Julián sentado en su cuarto; creía haber pasado la noche velando el cadáver de una persona querida; cuando vió los primeros destellos del alba, y se dió cuenta exacta de lo que le pasaba, sintió que la noche no se prolongara eternamente, para ocultar en el seno de sus sombras su gran vergüenza; pensó que el sol que aparecía repartiendo luz y alegrías era una burla, un sarcasmoah, si pudiera aniquilarlo!

Era domingo: Julián ni siquiera se asomó á la puerta de la calle. Estuvo casi todo el día en su cuarto, sin darse cuenta de nada, meditabundo, acongojadotenía la tranquilidad precursora de las grandes tempestades.

A don Clementé se le había hecho creer que aquello no era nada; sencillamente una hemorragia

ocurrida á consecuencia de ciertos desarreglos. El buen señor, aunque amaba á su hija entrañablemente, respetó el mandato del médico; nadie, absolutamente nadie más que la criada debía entrar en el cuarto de la enferma.

Después de haberse rasurado y acicalado, don Clemente tomó su sombrero y el bastón, echó una ojeada al interior del cuarto de su hija y preguntó á Peregrina.

—Qué tal?

—Está ya más quieta ahora como que está durmiendo.

Don Clemente se fué á misa de doce, costumbre que no había dejado nunca.

Julián se había echado en la cama con un libro en la mano, pero tenía fija la vista en el techo con expresión de amargura y de dolor: en pocas horas se formaron en su frente dos profundas arrugas, y presentaba en el semblante las huellas del sufrimiento que no encontrando la válvula de escape, quemaba y corroe el alma.



XXV

Estaba sumido en hondas meditaciones cuando recibió la visita de don Eduardo Cartín que entró con cara compungida, y con un aire de misterio que no pudo menos que llamar la atención de Julián.

Después de saludar á éste con aquella su ceremonia llena de melosidad, se sentó, y en tono confidencial preguntó poniendo la cara más fúnebre que pudo.

—Y cómo sigue la niña Matilde? Caramba, qué desgracia! una verdadera desgracia que lamento de todo corazón. no sé cómo ustedes no han podido prever esto; para algo debemos servir los amigos, y lo que *soy* yo, tengo la satisfacción de haber cumplido con mi deber advirtiéndoles á tiempo; qué infamia Julián, qué infamia, la vida de un hombre no bastaría á purgarla. . . .

Julián, pálido como un muerto y con acento entrecortado exclamó.

—Ah, con que ya usted lo sabía, con que ya la deshonra de mi casa rueda por las calles como una inmundicia. . . . !

En los labios de Cartín apareció una sonrisa mezcla de desdén y de lástima.

—Qué inocente es usted, Julián; se comprende que un hombre honrado se admire de que *eso* se sepa tan pronto. . . . y si el propio seductor anda pregonando su triunfo y su aventura en los corrillos? mañana no quedará en San José ni una rata que ignore tal cosa. . . . una infamia de esta naturaleza parece que mil voces la gritan al oído de las gentes.

—Y cree usted que Diego se vanaglorie, y divulgue su criminal acción?

—Quien hace lo más hace lo menos, amigo; para un seductor como ése, no existe el verdadero triunfo, si no se divulga entre los amigos, y se celebra festivamente y con toda la salsa del caso.

—Oh, canalla! exclamó Julián como un rugido y rechinando los dientes: qué hermosa cosa es la venganza ! se me va la cabeza sólo al imaginarme que voy á apurar ese placer hasta la saciedad. . . . digo, si Diego no acepta la reparación que le voy á exigir.

—Cómo que no acepta? y qué recurso le queda? Es decir, que impunemente y con careta de hombre honrado puede cualquier pillo entrar en el seno de una familia, burlando el amor, la amistad, mancillar las canas, y la buena fe de una muchacha que ha cometido el delito de creer en la lealtad de

ese hombre? jamás: á víboras semejantes se les aplasta la cabeza de un taconazo. Ella no tiene la culpa. El hombre, si quiere honradamente á una mujer, no abusa de su debilidad; debe respetarla..... ir como un salteador de caminos á media noche allá al campo, saltar por la ventana á un hogar ajeno para... oh!, qué horror!

—Y usted le vió? interrogó Julián mirando fijamente á su interlocutor, lívida y descompuesta la faz.

—Ya lo creo que le vi.... varias veces! tenía que pasar frente á mi casa... por cierto que la última vez, yo que había advertido sus excursiones, me cansé de esperarle y dejé un peón escondido para que me dijera la hora á que regresaba, y supe después que lo hizo á la madrugada; sí señor, á la madrugada.

—Es cierto eso, dijo Julián con profunda tristeza: ya lo sabía! un mozo de la finca de don Agapito me ha dicho lo mismo..... sí, qué horrible realidad!

Cartín se despidió después de un largo rato, dejando á Julián en un estado de ánimo fácil de adivinar.

Cuando se vió en la calle, se dijo:—sí no sale en este momento como un loco en busca de Diego, es un milagro;—y luego frotándose las manos y sonriendo de una manera feroz, agregó:—salud, afortunado Urdaneta, qué te aproveche!... No fué: mía pero no fué de *él* tampoco, estoy vengado!

Cuando Julián quedó solo, resonaban en sus oídos las frases de Cartín "ah sí, á víboras como ésa se les aplasta la cabeza de un taconazo"; y se paseaba agitado por la habitación.

—No puedo más, murmuró después de una pausa: si esto se prolonga, estallo, me muero, y no quiero morir sin arreglar este asunto.

Escribió una carta que hizo mil pedazos después de leerla; dió otro paseo por la habitación y volvió á escribir: por fin terminó una que sin duda le dejó satisfecho, porque una leve sonrisa pareció brillar un momento en aquella faz, como el aletazo con que el relámpago ilumina por un segundo las tinieblas de la noche.—"Con guantes de seda!" repetía sollozando.

Diego se había entregado en cuerpo y alma á sus asuntos. El pleito marchaba á las mil maravillas, y todo el día lo pasaba en viajes al Registro Público, al Juzgado Civil, al Palacio de Justicia, para volver luego á su oficina donde formulaba un escrito, firmaba una notificación, y vuelta á salir. Quería olvidar el recuerdo de aquella mujer que tan vilmente le engañara; luchaba lleno de valor para no ver en su alma como recortada en un fondo luminoso, la imagen de Matilde, ahora más hermosa, más atrayente, más incrustada en su corazón. La sangrienta burla de que había sido objeto, enardeció aún más aquella pasión que se sublevaba como una fiera herida y sedienta. Esa imagen era un abismo

á cuya contemplación no podía sustraerse que atracción tan siniestra! llegó á pensar que el placer de su vida era precisamente su dolor; casi estaba satisfecho de sentir aquellas dentelladas que le hacían gemir dolorosamente.

Ese domingo había tomado un caballo é ídose de paseo á los Desamparados; no regresó hasta las cuatro de la tarde, muy cansado, y después de comer se fué á la oficina con el objeto de leer los periódicos, y de matar las horas: al abrir la puerta advirtió una carta en el buzoncillo, tomóla y palideció ligeramente.—Es de Julián, dijo; veamos: la leyó una, dos veces, y terminaba:—qué me querrá? explicaciones acaso, para qué? Matilde enferma de cuidado

Se quedó meditabundo, guardó la carta y—no, no iré,—dijo. Que venga á buscarme si desea hablar conmigo de un asunto *del más alto interés para ambos, y de esas reparaciones que un caballero está obligado á atender en todo tiempo y circunstancia*

Bah! este muchacho está bilioso de ver á su hermana afectada por mi ausencia, y quiere que vaya á consolarla . . . yo le daría de buena gana la receta, pero . . . no; hay que poner las cosas en su lugar.

Se puso á hojear algunos periódicos llenos de importantísimas noticias; por ejemplo: Un *concho* entró á beber un trago, y cuando buscó las alforjas que puso á su lado, habían desaparecido: O bien,

que mejor informados ahora, rectificaban que el individuo á quien mordió un can, en la cuesta de Moras, no se llamaba Pablo sino Pedro, y que el hecho ocurrió no á las cinco de la tarde como decía "El Torrente," sino á las seis y media: Que el hogar de los esposos Barboza-Parajeles había sido *alegrado* con el *presente* de un *precioso querubín* que el cielo les envió,—aun cuando el tal querube fuese un siememesino capaz de asustar al gato de la casa; y para concluir, una despedida que decía poco más ó menos: "Nuestro querido amigo, el talentoso y cultísimo escritor Don H. H. *siguió* en viaje de recreo á Limón: regresará el viernes próximo; va con el objeto de curarse un constipado".

Por supuesto que el talentoso y culto escritor era un chico náufrago del primer año, y hacía dos que andaba ratonando en una imprenta donde solía enjaretar unas gacetillas que se paraba el sol á leerlas.

Diego tiró el periódico, y cambiando de resolución se puso de pié.

—Vamos á ver qué me quiere el señor don Julián . . . —y paseando por el cuarto,—pensaba: Nada, le diré la verdad; lo que he visto, lo que su hermana me ha hecho sufrir. . . . cómo se ha burlado de mí. . . . ¡sí señor! le diré que su conducta es infame, que me engañaba, que se dejaba abrazar y besar por su primo Beltrán, y que rabie. . . . acaso yo, no estoy agonizando hace un siglo?

Diego se quedó meditabundo; abrió una ga-

veta de su escritorio, sacó un revólver y miró que estaba cargado.

—Bah, no será cosa de andar á tiros: si así se pudieran arreglar las cosas de la vida....qué sabroso!

Dejó el revólver en la gaveta, tomó un mazo de las cartas de Matilde, su bastón y salió.

A medida que iba acercándose á la casa, el corazón le golpeaba el pecho con violencia. Creía que de pronto la iba á ver, á ella, á la ingrata, asomada á la puerta, erguida y hermosa como siempre. A lo lejos oía los acordes de la banda militar que concluía de tocar el recreo. La calle estaba desierta: llamó al cuarto de Julián suavemente.

—Adelante, dijo una voz que Diego reconoció.

Entró, y se halló frente á Julián quien le lanzó una mirada de odio.

—Cómo estás? preguntó Diego alargándole la mano: pero aquél, aparentando no ver el ademán, fué hacia la puerta del interior y echó la llave, haciendo lo propio con la de la calle, mientras le contestaba.

—Entra, siéntate, tenemos que hablar.

Notó en Julián una sequedad brusca, y que estaba excitado; respiraba anhelosamente: sin embargo, se serenó un poco, y se sentó frente á Diego.

Hubo una pausa.

Por más que Diego se había dado cuenta de la mala voluntad que Julián le tenía de cierto tiem-



po acá, y cuya causa no acertaba á explicarse, no pudo menos que chocarle aquel recibimiento: no obstante, al notar en el semblante de su amigo las huellas del sufrimiento, le preguntó en tono un tanto afectuoso.

—Qué tienes, estás enfermo?

Julián sin hacer caso de esas preguntas y mirando á Diego fijamente, le habló así:

—Hace mucho tiempo visitas esta casa donde has gozado de la confianza que en ti teníamos depositada; fuiste mi amigo hasta hace poco tiempo en que nuestras relaciones se agriaron por . . . varias causas: sin embargo, aparentabas querer á Matilde con quien te liga un compromiso formal, y seguiste viniendo aquí donde siempre encontraste las puertas abiertas: lealtad y cariño, sentimientos que has arrastrado por el lodo dejándote arrebatado por una pasión, por un vicio que siempre te dominó. . . . no debes ignorar el estado de Matilde, y te he llamado para exigirte la reparación que estás obligado á dar de tu infamia y tu bajeza. . . . para devolverle el honor que tan ruin y cobardemente le has arrebatado.

Diego había estado tranquilo. Su frente alta parecía estar protegida por las alas de la serenidad que sobre ella se abrían, pero al oír las últimas palabras de Julián, todo lo comprendió; una palidez mortal cubrió su rostro, jamás esperó semejante revelación que venía á herirle con horrible crueldad: su faz se contrajo con un gesto de dolor, y sintien-

do renacer en su alma todo el cariño que en otro tiempo había profesado á su amigo, se puso de pié convulso, agitado, y acercándose á Julián como si fuese un hermano que desea compartir aquella profunda pena, exclamó:

—Qué es lo que me dices, Julián, cómo es posible que haya ocurrido semejante infamia? ah, Matilde, cómo has pagado mi amor! y tú has sido capaz de suponerme autor de tamaña iniquidad, tú que me conoces, que sabías cuánto la amaba oh, estás loco Y fuera de sí, como un torrente que se desborda, sin dar tiempo á Julián para que le interrumpiera, empezó á hacer reminiscencias de sus amores con Matilde; una pasión pura y tranquila encausada por el deber á un fin noble y generoso. Era cierto que él, en otras épocas había tenido aventuras amorosas . . . eso pasó, fué otro tiempo; ahora era un hombre maduro que pensaba en el porvenir . . . Matilde llenaba sus ideales á pesar de ser ella algo romántica y soñadora, amiga de divagar con las cosas grandes de la vida, aficionada al lujo y al esplendor; pero él había contado con hacer de ella una esposa modelo, puliendo aquel carácter con una vida tranquila y de trabajo, eliminando así aquella corteza que cubría tan excelente madera . . . si no se había casado, era porque deseaba rodear á Matilde de las mayores comodidades, de asegurarle una vida risueña y libre de escaseces. Hizo luego alusión á Urdaneta, á las continuas atenciones de éste para con ella, y á la inclinación que Matilde

había mostrado siempre por su primo; y por último, con voz acongojada que revelaba el hondo pesar que le atenaceaba el alma, le relató el único viaje que había hecho una noche á la finca de don Agapito y lo que allí vió ... una cosa horrible! no supo cómo no enloqueció. cómo no le estalló el corazón! El era un hombre de honor, y al verse burlado, escarnecido tan sangrientamente, tomó la resolución de romper aquellas relaciones, de acabar con aquella pasión que le llenaba la vida.

Iba á continuar, pero Julián le interrumpió, lívido, convulso, sin poder ya contener la rabia que hervía en su pecho, y que se desbordaba por los labios con rugidos de fiera, con chasquidos de látigo.

—O eres un gran hipócrita ó un gran cobarde. ó las dos cosas juntas: mientes y mientes!..... que no sabes cómo no enloqueciste? y yo no sé como he tenido paciencia para oír tanta infamia y tanta impostura. no sé cómo no te he arrancado la lengua y escupido la cara. niegas tu acción cuando se te pide cuenta de tu bajeza, é intentas achacarla á un caballero que está ausente! nada menos que á uno de la familia! bonita defensa. pero no, no creas que el miedo que te amilana como al falderillo que se arrastra en presencia del fuele levantado, te salvará de mi enojo.

—Por Dios Julián; gritó Diego, tú estás loco, sólo demente puedes proferir semejantes palabras; no me insultes, que bastante destrozado tengo ya el corazón.! hablas de venganza, qué ofen-

sa vas á vengar en mí? no soy, no, el seductor de tu hermana; qué horrible equivocación estás sufriendo; ! quien eso afirme, miente. . . . por qué no la interrogas? ella te lo dirá mejor.

Julián había avanzado amenazante hacia Diego: pero al oír la pregunta que éste le hizo, se contuvo un momento para contestarle.

—Preguntarlo á ella, para qué? es que pretendes que acuda en tu defensa? en fin, concluyamos; te estoy dispensando favores que no mereces, y no quiero discutir más este asunto: declara por última vez; estás resuelto á salvar la honra de mi hermana casándote con ella?

—No, contestó Diego con firmeza: no soy el autor de esa deshonra; lo juro ante Dios, y por mi madre.

—Aun lo niegas, canalla? yo me vengaré, pero antes de aplastarte toma, recibe lo que mereces:— y fuera de sí, en un paroxismo de ira loca, dió un paso hacia Diego y le escupió á la cara.

Diego sintió que por sus ojos pasaba una oleada de sangre; le pareció que la lamparilla eléctrica que hacía un rato alumbraba la estancia, giraba en enormes círculos, y no oyó otra cosa que el golpe lleno de vigor y de rabia, que asestó á la cabeza de Julián con el bastón que había tenido sobre sus rodillas.

Julián vaciló un momento, dió un paso atrás, y en su diestra brilló una arma como relámpago precursor de tres ó cuatro detonaciones que atronaron la estancia con estrépito infernal.



Diego alzó los brazos, agitó violentamente la cabeza y rodó por el suelo lanzando un gemido.

En el corredor se oyeron pasos y voces de personas que corrían precipitadamente; la puerta del interior saltó en momentos en que de la habitación de Matilde salía un grito agudo y espantoso.

En el cuarto de Julián entraron don Clemente y el Doctor Bermúdez, sobrecogidos de terror.

Julián permanecía en pié, con el rostro ensangrentado y el arma en la mano, contemplando con ojos extraviados el cuerpo de Diego, que estaba tendido de lado, en un charco de sangre, con la faz demudada.

—Qué has hecho, Julián, por Dios! gritó don Clemente desolado, y mirando con ojos atónitos aquella escena.

—Aun vive! dijo el Doctor que se había apresurado á reconocer á Diego:— esta herida es grave. . . . esta otra parece que no ofrecerá complicaciones. . . . Al alzar la vista, dió un grito de sorpresa enderezándose rápidamente.

Matilde, pálida, desencajada, cadavérica, acababa de entrar en la habitación, cubierta con una colcha y sostenida por Peregrina.

Al ver á Diego corrió á su lado lamentándose con las palabras más tristes, y recriminándose á sí propia.

—Ingrato, gritó después á su hermano; por qué le has matado?

—Y me lo preguntas. . . ! tú que has arras-

trado por el fango el honor de la familia.....
extrañas.... quisieras todavía encubrir á tu seduc-
tor?.... ahí le tienes.... me he vengado! exclamó
Julián con voz sorda.

Al oír aquello, Matilde dió un grito indes-
criptible de infinita angustia, y en el colmo de la de-
sesperación, apostrofó á su hermano con gritos agu-
dos en que vibraba todo el dolor de su alma.

—Cruel....! ingrato.....! matar por ma-
tar! él es inocente.... inocente.... lo juro! ay,
Dios mío, yo tengo la culpa! ah, Beltrán, Bel-
trán.... mira lo que has hecho!

—Qué dices? Beltrán tu seductor? gritó Ju-
lián como quien despierta de una pesadilla, estreme-
ciéndose visiblemente, y mirando á su hermana con
ojos espantados—¡ Maldición !!

— Sí, Beltrán....! contestó Matilde, quien
permanecía arrodillada al lado de Diego, y perdió
el conocimiento. Al caer, se juntaron aquellas dos
cabezas que quizá habrían llevado erguidas y satis-
fechas la guirnalda de la dicha, y sobre las cuales
descargó la tormenta con furor implacable la cente-
lla de la desgracia.

FIN.



Erratas más notables

Página	línea	dice	léase
39	12	por que	porque
41	6	adonde	adónde
49	15	respecto á Matilde	respecto de Matilde
52	3	idiosincracias	idiosincrasias
60	20	por que	porque
80	11	Royale	Royal
80	24	un pierna	una pierna
81	3-4	lispano-américa	Hispano-América
133	8	Desaba	Deseaba
155	8	tífina	tímida
155	16	tenemeno	fenómeno
176	20	muchacha la moda	muchacha á la moda
200	11	consumidosen	consumidos en
215	17	la lengua de la casa á Dios	la lengua de la casa de Dios
224	3	Marlo	Mario
226	14	"cómo pasa tiempo"	"cómo pasa el tiempo"
238	27	verdadero	verdadera
238	30	lla abandonada	ella abandonada
240	19	un grito un especie	un grito, una especie
224	13	un infame	una infame

Hay, además, en muchos párrafos de los capítulos tercero al sexto, infinidad de errores de puntuación, que el buen juicio del lector sabrá subsanar.

J. C.

